

## Problemas epistemológicos al historiar

*Alfredo Alvar Ezquerro*

---

Arbor CLXI, 633 (Septiembre 1998), 75-89 pp.

*Se sintetiza los grandes problemas de la historiografía del XVI y deja al lector la reflexión abierta sobre la situación historiográfica actual. Las similitudes y divergencias entre las angustias y apuestas de aquellos historiadores y los de hoy, esto es, la percepción de la realidad y del pasado por medio de la Historia, ¿son aún iguales?*

---

En las páginas que siguen querría verter ciertas inquietudes que me han llamado la atención al leer textos teóricos de historiadores del reinado de Felipe II.

Es importante, antes de nada, clarificar una serie de puntos. Así, por ejemplo, que durante el reinado de Felipe II hubo seis historiadores oficiales, esto es, cronistas reales. Sus atribuciones no están definidas en ningún ordenamiento escrito, ni tampoco están definidas por ninguna costumbre. En todo caso, podrían ser herederos de una cierta tradición de recopilar y escribir historias de los reyes y de sus vasallos, pero ese cometido es tan ambiguo como se quiera. Y cuanto más se reflexione en ello, más complejo se hace el contestar a los interrogantes que se formulen. Como por ejemplo, ¿desde cuándo?, ¿hasta cuándo? Late, pues, la cuestión del tiempo como un problema de definición de lo que es Historia.

Esos cronistas reales, cuyos orígenes medievales ya los estudió Tate y su renovación renacentista acaba de hacerlo Jimenez Calvente, eran individuos de lo más variopinto. Desde castrado (Ambrosio de Morales)

hasta padre de bastarda (Garibay), pasando por valencianos de origen (Calvete) o castellanos (Páez).

Al subir al trono el rey, lejos de cambiar de cronistas, perpetúa en el cargo, hasta sus respectivas muertes, a todos los que procedían de tiempos de su padre, en una medida más de las de la continuidad entre los dos reinados. Los cronistas fueron Florián Docampo (hasta 1559), Bernabé del Busto (hasta 1569), Juan Páez de Castro (1555-1570), Juan Ginés de Sepúlveda (1536-1573), Ambrosio de Morales (1565/69-1591), Calvete de Estrella (1588-1593) y Esteban de Garibay y Zamalloa (1590-1599).

Como se ve, hay períodos en los que convien más de un cronista (hasta 1570), y hay periodos en los que no hay más que uno; Ambrosio de Morales es el que más dura en el cargo, pero no define una teoría del quehacer historiográfico, como hizo, por ejemplo, Páez de Castro; más tarde, en los incios del reinado de Felipe III, volvió a haber tres cronistas al mismo tiempo: fray Prudencio de Sandoval, Antonio de Herrera y fray Atanasio de Lobera. Finalmente, en las partidas de los pagos a cronistas aparece Lucas Gracián Dantisco, que «tiene cargo de ynvventariar e yntitular los libros de la librería del Escorial».

Estos individuos, algunos de pluma más prolija que otros, no vivían del aire. Había que gratificarles económicamente. Y es así como podemos bucear en el tema de los dineros. El cronista regio tenía asignados unos emolumentos que percibía regularmente. Para ello, era imprescindible que «residiera» en la Corte, o que disfrutara de un privilegio de exención de residencia.

La cantidad fijada desde tiempos de Carlos V y durante todo el reinado de Felipe II era de 80.000 mrs. al año. No se corrigió la cantidad por los movimientos inflacionistas y, es más, a partir de 1564 se retrajo el 0'2% del sueldo para sufragar algunos costes de la administracion («derechos de mayordomos y contadores»), como cuando pagábamos pólizas para huérfanos del Estado.

La forma de cobro debía ser cuatrimestral. Esto es, se recibía el dinero tres veces por año. No deja de ser, de nuevo, una quimera. Porque la regularidad no es norma. Analicemos varios casos. Juan Ginés de Sepúlveda debió percibir a lo largo de su vida como cronista 38 libranzas. Pues bien, a su punto y hora sólo le llegaron en el 35% de las ocasiones; recibió los gajes en dos pagas anuales en el 23% de las veces; de un golpe todo el año, en el 20% y de otras maneras, el 22% de las ocasiones. No creo que fuera fácil hacerse componendas con esta manera de cobrar. El propio cronista se quejó más de una vez de lo que le debía el rey. Si queremos comprenderlo

de otra manera: a Sepúlveda se le paga una media de 1'8 libranzas al año durante su existir como cronista, cuando habría que haberle pagado 3 veces/año.

A Ocampo, por no ser más detallista, los sueldos de 1545 y 1546 se le abonaron en 1547; a Bernabé del Busto la tendencia es la de abonarle de una vez al año su trabajo, acaso porque su trajín viajero junto al Emperador no le exigiera muchos desembolsos; el caos en los abonos a Páez de Castro es, también, la norma y el caso de Ambrosio de Morales es único.

Fue hecho cronista del Reino (de las Cortes) con carácter honorífico en 1563. El rey lo hizo cronista real en 1565, sin sueldo. En 1569 le asignó ya un salario con carácter retroactivo a 1565. Pero comoquiera que él no había residido en la Corte en esos años (¿por qué si era honorífico el nombramiento y sin sueldo?) los pagadores se niegan a abonarle lo ordenado, hasta que el rey vuelve a mediar. En 1576 tiene alteraciones en los cobros, que los debe corregir el rey, aunque es una excepción en las libranzas a Morales, porque en él concurre la normalidad.

A Esteban de Garibay se le paga en el año en el 62% de las ocasiones, pero con tales irregularidades que desequilibran cualquier economía doméstica: unas veces en junio, otras en septiembre, pero sobre todo en mayo y diciembre...

Primera conclusión: entonces, como hoy, el desbarajuste en la percepción de haberes es notable. Menos mal que hoy, de moemnto, no parece afectar al personal funcionario y sólo se retrasa desde que se saca la oposición hasta la primera libranza. No así, por cierto, entre becarios y contratados, que en ocasiones parece que tienen pagas extraordinarias por los atrasos con que perciben los haberes.

Por otro lado, todos estos sueldos hoy en día se sacan de las partidas destinadas a ello en los Presupuestos Generales del Estado. Este sistema no era el que reinaba en el XVI. Entonces los gastos iban aparejados a los ingresos, de tal manera que, por ejemplo, a Calvete de Estrella se le paga en 1587 y 1588 de lo procedido de un gravamen sobre la exportación de lanas y sobre recargos en la alcabala (el 10% teórico sobre compra-ventas). Esto quería decir que si una renta real iba mal, había que cambiar ágilmente los pagos a ella asignados si no se quería perjudicar a los cobradores. En casos de malestar financiero, lo más hábiles podrían conseguir antes el cambio de la percepción de sus haberes y otros, a lamentarse porque no habían cobrado.

Caso extremo sería el de Ocampo al que se le designa como pagador a un Alcocer, o «a sus herederos», en clara muestra del sentido pa-

trimonial que se tiene de la función pública. Si se hubiera querido decir «sucesores», se habría dicho «sucesores» y no «herederos».

Por último, una reflexión sobre la manera de cobrar. Los pagos se recogen personalmente en Palacio y más aún desde 1596. Semejante medida entra en contradicción, obviamente, con los privilegios de exención de residencia. Por ello, que en nuestros archivos notariales haya tantos poderes de algún criado real a otra persona autorizándole a cobrar por él. Lo de que cómo se identificaría este apoderado ante los oficiales regios, es harina de otro costal, en cuyo saco el tema del conocer personal y directamente juega un papel trascendental. Es una sociedad en la que la interrelación es de capital importancia, y con ello el funcionamiento de grupos menores (los que pueden mantener contacto personal) es el que estructura la marcha de la colectividad. Así, el surgimiento de idea de nación nos hablaría, en parte, de la desarticulación de la sociedad de grupos menores y mostraría la aparición de un referente distinto para un grupo mayor.

¿Cuáles son las grandes preocupaciones de estos historiadores? Es innegable que nuestros historiadores del XVI tienen unas preocupaciones teóricas sobre el quehacer historiográfico que van más allá de la mera discusión estilística o de la idoneidad en estructurar en anales o no del texto histórico. Semejante ridiculización ha calado hondo entre los historiadores y quienes lo han defendido o han pecado de ignorantes o de demagogos.

Nuestra historiografía del XVI es retórica, o ciceroniana, o tacitista, o fabulosa y mítica o progótica o romanista, no por hacer juegos del intelecto, sino pro hacer juegos ideológicos y políticos.

Nuestra historiografía se siente preocupada por el tema de la Arqueología. Esto tampoco es una cuestión de juegos eruditos. Al contrario: aparte de una comunión con el humanismo italiano, es una búsqueda de una identidad... ¿nacional? Nacional, tal vez.

Cuando nuestros historiadores escriben acercándose o alejándose de los Amadises, ¿no lo hacen conscientemente? De ser ingenuos en el obrar así, ¿son también ingenuos los cortesanos que acompañan a Felipe a Inglaterra en su boda con María y piensan que la Pérfida Albión es la tierra de Amadís? ¿Es ingenua, también, la muy famosa fiesta de Binche en el primer viaje a Flandes del Príncipe, en la que se representaron los vicios y virtudes de los caballeros? ¿Fue ingenua, también, la destrucción de esos mismos jardines por Enrique II rey de Francia? Acaso el mensaje caballeresco, el de los Amadises, es mucho más rico de lo que nos podemos imaginar, y se usa la fábula para la construcción de otro mundo en el presente.

A lo largo del reinado de Felipe II se escriben varios tipos de historias: de tipo teórico, historias generales, historias particulares (o descripciones de sucesos) y crónicas de Indias.

En la formulación teórica de lo que es el historiar, el *Orador* de Cicerón es el que marca la pauta. Así se repetirán una y otra vez los mismos tópicos, según los cuales, la Historia es sobre todo *magistra vitae*, así como testimonio de los tiempos, lumbre de la verdad, vida de la memoria, mensajera de la antigüedad y buena rectora en momentos de dificultad; para otros es sólo una narración verdadera y culta. Pero por su carácter pedagógico, o admonitorio, leer Historia es un ejercicio correcto para los reyes y príncipes.

Sobre ese entramado, podremos construir un edificio de vicios y virtudes, un edificio de hombres y hechos buenos, y de comportamientos deleznable. La historia sería, pues, un instrumento de moralización social. Por tanto, desde Mejía en tiempos de Carlos V a Juan Costa a finales de siglo, todos coinciden en lo mismo, narrar, veracidad, pragmatismo, pedagogismo... A poco que reflexionemos nos daremos cuenta inmediatamente que ese conglomerado tiene un trasfondo ideológico: ¿acaso nacionalista?

Un segundo punto de discusión es el de cómo escribir la Historia. En el XVI los hay vernaculistas y los hay latinistas. Los hay, como Mariana, que editan primero en latín, y luego han de traducir de prisa y corriendo al castellano.

Igualmente, los hay más rimbombantes y más severos en el estilo. Desde Vives que considera que el estilo ha de ser lo suficientemente atractivo como para que el lector lea y relea historia, al propio Cabrera de Córdoba que aseveraba que la forma había de ser elegante y amena y que no asustase ni se hiciese aborrecible al lector. Más adusto, tanto que no llega a escribir un libro entero, que es lo que suele pasar con los severos propietarios de la excelencia científica, Páez de Castro no considera que tenga por qué entretener a los lectores holgazanes, sino que ha de ser útil a los sabios. Tanto que, claro está, no le entretiene ni a él. Semejante manera de pensar lleva implícita una marca algo soberbia: la de la negación de la popularización del conocimiento. Indudablemente una cosa es el saber científico y otra la divulgación. Pero, precisamente por eso, por ser cosas distintas, sus foros son diferentes y la manera de construirlos ha de ser también diferente. A mi modo de entender el historiador hoy ha de saber dirigirse a sendos públicos, de una manera que Páez de Castro definiría como «con un descuido natural que parezca que estaba dicho». Como ha hecho Kamen.

Vinculado al tema de la veracidad estaría la defensa de la objetividad. En Fox Morcillo tenemos un buen adalid, para quien la historia se ha de escribir con prudencia, sin odio, ni avaricia, ni adulación.

Y a finales del XVI, el tacitismo empieza también a clarear en el estilo de escribir historia. Juan Costa afirma en *De conscribenda historia libri duo*, que «las sentencias selectas ornamentan la Historia». Esto de sentencias selectas es lo que Tácito llamó aforismos. Recuerdo los aforismos de Antonio Pérez publicados en 1598, siete años después que la obra de Costa. Una nueva concepción filosófica de la realidad española está entrando de lleno: frases extraídas del texto, sentencias claras, directas, duras en su caso. Senequismo.

¿Por qué tanta preocupación? Porque cuando los cronistas reales, y otros muchos historiadores se ponen manos a la obra en el siglo XVI, lo hacen con una intencionalidad. Siempre. El que no va a loar un linaje, alabaré a su patrón, y el que no, los hechos de su señor, o la encarnación de lo que para él son las virtudes sociales.

Este ha de ser el tema de nuestra atención ahora. Se escribe Historia de, por cierto, *España*. Aunque se tenga cierta confusión conceptual de que qué cosa es España, la verdad es que se quiere hacer Historia de un algo, confuso es cierto, pero globalizador. Es cierto que existe esa confederación de reinos. Pero acaso los historiadores —fruto de nuestro mundo— nos hemos entretenido más en servir en demostrar rasgos de diferenciación que otros. No puedo creer que sólo haya fuerzas centrífugas. ¿Da miedo escudriñar en las centrípetas?

¿Por qué, me preguntaba antes, se escribe Historia de España? Porque es necesario escribirla. Otras naciones la tienen y España no. Por eso hay que hacerla, porque si no, como dirá en 1582 Julián del Castillo, se corre el riesgo de que las hazañas de los españoles queden sin ser escritas y tan obscuras que se olvidarán. Tal vez sea aún más incisivo Mariana, al decirlo claramente: «Lo que me movió a escribir historia latina fue la laguna que della tenía nuestra España», o el mismísimo Herrera, a quien «me ha movido a escribir esta historia, ha sido el tratarse en mucha parte de la nación española y ver que los historiadores forasteros que hablan della, magnifican tanto los hechos propios y tratan tan tibiamente los de los españoles, extendiendo tanto sus desgracias» bien por desinformación, bien por malicia, que bueno es ponerse manos a la obra. En fin, hay que dar a conocer la nación a los extranjeros.

Esa historia narrada con el estilo citado, con el fin mencionado, ha de ser una «historia verdadera». Lo que ocurre es que, a veces,

la verdad no es objetiva. Sobre el problema del trastocar la realidad ya se había escrito desde la Antigüedad, pero más recientemente aún, Vives o Fox Morcillo habían mostrado su preocupación sobre este asunto. El historiador debía ser objetivo, ante todo, huyendo del amor o del odio al escribir historia. No pensaba igual Herrera, que recomendaba que el historiador mirara bien cómo y en qué fecha empezar a escribir y «qué cosas se han de decir y cuáles callar», aunque en otras partes hablara de veracidades, prudencias y sapiencias.

Sin embargo, el cronista castellano se encuentra, de repente, con las Indias, en donde hay sirenas, amazonas, está California... No son imaginaciones, no. Son realidades que zahieren a los ojos de aquel que quiere escribir una verdadera relación, porque no le creerán. Y Bernal Díaz del Castillo lo advierte, atónito, «nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís».

Esa verdad debe convertirse en un instrumento político, porque con ella se ponen las cosas en su sitio y los puntos sobre las íes. El cronista oficial es, en el XVII, censor. Como censor era también el cronista de Indias desde los años 70 del XVI, cuando Juan de Ovando instituye el cargo en Juan López de Velasco. Sin duda, a partir de entonces, se escribiría una verdadera historia. *Su verdadera historia*. Desde luego —eso sí— más veraz que la de *los otros*.

No obstante, a la hora de historiar hay que fundamentar las afirmaciones en realidades. A mediados del XVI ya se está cansado de esa historia reiterativa de origen medieval y de difícil contraste. Ya no se quieren más fábulas. Algo así como cuando ahora rechazamos esa historiografía en la que las notas a pie de página brillan por su ausencia.

Es entonces cuando un autor acá y el otro allá, citan sus fuentes de información. «Muchos y verdaderos» son los autores de base para Pedro de Salazar en su *Hispania Victrix* de 1570; otros hacen esbozos de bibliografía; los hay que se nutren de fuentes orales de información; se manejan correspondencias informativas; se empelan interrogatorios; se va a los archivos.

Todo eso supone que, al margen de las historias más antiguas, las recientes, las del *tiempo presente* son escritos prepatrióticos: se narran, con veracidad, los hechos de los españoles, y de su rey también, pero no sólo.

No obstante, lo presente, aunque pueda ser triunfante, necesita el refrendo de lo clásico, porque esto da calidad. En efecto, cuando Zúñiga describe al César (el César, por cierto) en Mühlberg (en el Monte del Molino) como si fuera el gran Julio en el Rubicón, y esa

imagen forma la imagen imperial por antonomasia, la de Tiziano, lo que se hace es rubricar la excelencia del tiempo presente con la gloria de lo pasado. Lo antiguo da calidad, insisto. Pero hay orgullo del momento en el que se ha nacido y se vive. Más claro que yo, lo dice Garibay: En la «*historia presente* se hallarán todos los ejemplos que desear se pueden» de virtudes, de artes ínclitas, de hazañas...

El presente se ha convertido y es aplaudido ya como objeto y sujeto de la Historia. Porque ese presente tiene rasgos de ser tan ingente como el pasado más brillante que se haya imaginado nunca. De repente, a lo largo de una o dos generaciones, resulta que el pasado, ¡cuidado!, ya no es imprescindible para dar calidad.

Entonces, además, se recurre a esa diabólica máquina que es la imprenta para dar difusión aceleradísima a los escritos. Difusión y homogeneidad. Y el vehículo transmisor de esa riqueza será una lengua, la vernácula; que el castellano la hace suya Carlos V, por encima del francés, del italiano o del latín, como ya se viene viendo desde tiempos de Morel-Fatio.

Vuelve a cerrarse el círculo de nuevo: la grandeza de lo romano, la han logrado ya los castellanos. Su lengua es tan trascendente como la de Cicerón. Imperio y elegía van de la mano. La historia la va construyendo el día a día de la propia historia. Tan es así que si hubo tiempos de *imitatio*, durante el reinado de Felipe II se hace una Historia nueva, porque los clásicos no tenía ni idea de lo que era el mundo a la altura de 1580. Y el Veroso, menos aún. La crítica a lo impreso es digna de ser hecha. No hay por qué venerar los moldes de la imprenta. La contradicción, el debate están a la vista.

Escribir historia es entrar en polémica. El caso de Díaz Tanco es muy claro. Narra el autor que estando en Bolonia vio un libro en italiano, llamado Comentario de las Guerras de los Turcos, hecho por el Obispo de Nozera y dirigido a Carlos V, «el qual libro por mi leydo me pareció obra de mucha estima, y su autor digno de loor por su buen estilo y modo de escribir y en especial por su buen zelo y sancta intención, y esto según mi poco entender, onde oí decir a algunos más prácticos en Turquía que aquel libro no carecía de defectos e ymperfecciones e ynmoderaciones». Las críticas, pues, le movieron a preparar algo mejor, traduciéndolo en trozos, moderándolo en partes, verificándolo en otras, «tirándole lo inmoderado e limándole lo imperfecto e acrescentándole en lo defectuoso». Un autor que construye su verdad para desdecir la ajena. Para ello, manos a la obra, «fue necesario bien examinar y cotejar las historias antiguas y modernas que desto tratan que son diversas y en algunas cosas diferentes,



que me ponían en confusión...», y además, de manejar manuscritos, textos (¡qué hermosa expresión!) «aún no llegados al ilustrísimo artificio de la impresión», manejó —decía— informaciones de «lengua en lengua», «letras misivas».

El propio Herrera en su *Historia General de los hechos de los castellanos* en 1601 antes de la fe de erratas expone en tres columnas «Los autores impressos y de mano que han escrito cosas particulares de las Indias Occidentales», esto es, hace una incipiente *Bibliografía*. No quiero decir que sea novedad absoluta, pero sí que está a punto de convertirse en fenómeno habitual. Es necesario usar bibliografía, pero ¿no hay ninguna fuente de información que no pueda ser criticada? Y entonces poco a poco se van usando los archivos, con licencia real, es cierto, pero se empiezan a usar. Ya lo había hecho Zurita —lo ha estudiado bien Rodríguez de Diego—; ahora lo declara Herrera: «muchas escrituras y papeles auténticos» son la base de su información. Proceden de Cámara de Castilla, y libros y registros del Consejo Real y de las Indias.

Así será como a finales del XVI o principios del XVII ya está consagrada otra verdad que ha durado siglos: Los manuscritos archivísticos son tan veraces que son incuestionables. Por eso, el historiador que los usa es un buen historiador. Por eso, algún historiador se inventa que los ha usado.

Se ha cerrado otro círculo: lo presente es digno de ser historiado; han aparecido fuentes de información nuevas, tanto archivísticas cuanto arqueológicas.

Es una época de novedades y de innovaciones. Se busca lo desconocido con la certeza de que nos va a dar contestaciones que nos satisfagan. Los archivos son ese gran arsenal. Pero los archivos custodian mucho más de lo que quisiéramos. Por eso hay que tenerlos bajo férreo control, y su cuidado entregado a una familia: si uno de los criados regios de Simancas hubiera mancillado alguna vez el apellido Ayala dando información que no hubiera debido dar, habría insultado a todo su linaje.

Así es que el historiador puede ser un ser incómodo. Si un rey se siente orgulloso de su existir, tendrá cronistas que lo canten, tanto laudatorios como bufónicamente críticos. Si no hay de qué vanagloriarse, mejor callarlos y dedicarlos a buscar reliquias. No hay duda que entre Carlos V, el cual es capaz de escribir sus propias *Memorias*, y un Felipe II incapaz de escribir, e imposibilitador de que lo hagan, media un abismo. López de Velasco desesperaba cuando le decía al rey, «si Su Majestad tiene disgusto de la historia por la poca verdad

y mucha vanidad que en muchas se halla, o por la importunidad y nunca acabar de los historiadores, orden puede haber y se dará como la suya se escriba con la mayor verdad». Es la clave: Felipe II impidió una crónica de su reinado porque temía a los historiadores. Tal vez le retumbaran las palabras de Antonio Pérez, «los reyes deben temer a los historiadores más que a los pintores las mujeres feas». El buen mecenas tenía pánico a que se dijeran cosas de él durante su reinado. No era humildad, como habría querido Porreño, eran miedo y soberbia.

A pesar de tantos fundamentos teóricos, resulta que a mediados del XVI no hay escrita aún una Historia de España completa. Es entonces cuando Páez de Castro propone a Carlos V las pautas que habría que seguir para hacerla. Estamos en 1555. Esa Historia debería tener, como él dice, «pies y cabeza». Aquella Historia se escribiría sobre la historia local, sobre la historia particular de cada localidad.

Los temas que se debía tratar eran tan variados como los de una historia total. Así, los reyes y la nobleza y las órdenes militares, exponiéndose los orígenes y fin de cada instituto de ellos; el mismo método se aplicaría al tratar del mundo urbano, «qué ciudades se han perdido y donde estaban». Pero además de temas de historia, habría que desarrollar los de geografía económica, tan vinculada a la corografía: «qué cosas lleva la tierra de frutos y animales y minerales y cosas hechas por artificio».

Pero no todo iba a ser así. La Historia era un discurso cultural. Por tanto habría que hablar de «las personas memorables en letras, religión y armas»; a lo que se añadiría el conocer los hechos dignos de memoria y su descripción. Por último, adelantándose no sé cuantos siglos a los finales del XIX y principios del XX, o a nuestra Enciclopedia folklórica española, se tendría que inquirir y escribir acerca de las costumbres y los trajes y lenguas que habían perdurado.

Finalmente, desde un punto de vista metodológico «como escribir historia no sea cosa de invención, ni de solo ingenio» hay buscar los datos. Estos se hallan entre los recuerdos de las personas mayores, en las memorias de las piedras antiguas, en las inscripciones funerarias (¡qué alabanzas a la epigrafía!), pero también en los archivos. En los archivos de Protocolos («desenvolver registros antiguos de notarías donde se hallen pleitos de Estado, testamentos de reyes y grandes hombres»), en los institucionales, («revolver librerías de colegios y monasterios y abadías») en los municipales («en los archivos de muchas ciudades para saber sus privilegios y dotaciones y bienes de propios, y sus

fueros y ordenanzas»). ¿Nos habla un castellano del XVI o un metodólogo de *Annales*?

No muy alejado de esos presupuestos está Enrique Cock. En su *Jornada de Tarazona...* nos cuenta cómo ha trabajado y con qué fines. Cada día preguntaba allá por donde pasare «lo que había en la comarca» interesándose, además por las riquezas naturales y las peculiaridades geográficas. Todo ello lo anotaba y le iba a servir para escribir su historia. El método de preparar borradores lo usan todos. Los de Páez o Morales están en El Escorial. Mas Cock declara su contento: «He enchido diversos borradores, que cuando veo en ellos, recibo harto contento». Los borradores los guardó hasta su muerte, pues los tenía aún entre los bienes *post mortem*. Esos borradores le sirvieron para hacer varias versiones del mismo texto según él declara.

En cualquier caso, se sirve del vulgo; y menosprecia la opinión del vulgo. Busca el refrendo a este o aquel asunto entre historiadores anteriores a él; desdeña a los historiadores que no le merecen crédito; anota curiosidades, historias locales, vulgaridades que sabe elevar al rango de verdadera relación... y prepara una monumental obra sobre las antigüedades de España. En sus anaqueles, al morir, tenía 24 obras de creación, además de 5 cuadernos de anotaciones. En toda su producción se sintetiza fabulosamente, la epistemología de la historia del XVI. Con una diferencia sobre otros: escribió; no sólo recogió notas.

Estamos en la segunda fase del reinado de Felipe II, allá por la década de 1570-1580. Si lo mencionado hasta ahora lo comparáramos con las preguntas de las Relaciones Topográficas veríamos que, evidentemente el esbozo está en Páez de Castro y que irradia por la historiografía oficial.

Páez de Castro quería que la nueva Historia de España se redactase sobre todos los territorios en los que hubiera habido banderas imperiales: Europa, Africa, Asia, América... La labor, naturalmente no se pudo concluir porque «no tenía ni pies ni cabeza», salvo que hubiera habido un ejército de historiadores para servir al rey... como propuso López de Velasco.

Páez, no obstante su fracaso, fue recogiendo unos *Apuntes históricos* de 1517 a 1559, en más de 200 hojas sobre nuestra Historia. Y entre medias de esos apuntes, aparece un «Interrogatorio para la descripción de los pueblos de la Monarquía». Este interrogatorio es el sostén de los de las *RELACIONES TOPOGRÁFICAS*, de las que Páez fue su impulsor, aunque se hubiera inspirado en las de Indias. Al mismo tiempo que se hacían, se levantó el primer Atlas de España, de Pedro de Esquivel. En este punto podríamos entrar en la cuestión

de la Geografía Histórica, de la Geografía hecha con fines políticos: recomendaban su estudio con esa finalidad tanto los jesuitas como el Conde Duque. Y lo recomendaban a los infantes y a los hijos de la nobleza.

Al escribir sus *Antigüedades de España*, o los *Apuntes sobre el Archivo de Uclés*, o la *Relación del viaje a los reinos de León y Galicia y Asturias* de 1572, y su crónica de España, continuación de la de Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales está cerrando —sin concluir— una tradición historiográfica. Heredero de Páez en el oficio y también en la concepción de la historia, acaso más religiosillo, hereda también la incapacidad de terminar de hacer esa Historia que todos esperaban.

Entre 1575 y 1578 algunas de las preguntas de los interrogatorios de las *Relaciones Topográficas* versaban sobre cuestiones de costumbres, historia local, arqueología, hechos y seres señalados. Y algunas de esas contestaciones las usó bien y las reprodujo facsimilarmente Morales.

Por otro lado, también utilizó interrogatorios, o mejor dicho, cuestionarios, Esteban de Garibay en 1582. Estaba preparando su gran obra genealógica. Nada mejor que preguntar a la propia estirpe qué sabe de este o aquel antepasado. Remite un memorial al duque del Infantado con treinta cuestiones. Necesita saber cómo empezó toda la nobleza del linaje. Qué rey, día mes y año, concedió el primer vínculo y ante qué escribano. También las fechas de muerte del I marqués de Santillana, y así más y más fechas sobre natalicios, concesiones, exaltaciones y nombramientos; muerte y lugares de enterramiento; las descendencias; los matrimonios y las viudedades; dotes y arras, pactos familiares... Verdaderamente, un concepto de la Historia más pobre que el de Páez; pero también más eficaz. Porque no olvidemos que él se encargará de mostrar con exquisitos árboles genealógicos la capacidad de Felipe II de aspirar al trono de Francia para su hija.

En cualquier caso, ya era común la recopilación de datos de primera mano basados en documentos solicitados por escrito. La edición de la crónica de Girón de Carlos V incluye sabrosas cartas; El Escorial tiene apuntes de cronistas... La memoria jugaba un gran papel. Tanto como el otro alimentador de la memoria: los archivos familiares o institucionales.

¿Es mantenible la idea de que el relativo fracaso en la praxis historiográfica de los historiadores oficiales se debe al propio rey? No sólo es mantenible, sino que creo que es evidente.

En primer lugar, porque grandes y leales servidores suyos, con contrastadas capacidades para escribir historia y lo que es más importante, y los distinguiría (y nos distinguiría) de los aficionados, personas que tienen bases epistemológicas muy sólidas, deambulan por el mundo de las gracias y las mercedes, como almas en pena por el Purgatorio.

La carrera de Enrique Cock es un buen ejemplo. Tras décadas dando bandazos en España, al fin logra que se le dé un puesto: arquero real. En efecto. Soldado vestido de amarillo, armado con arco, ballesta, carcaj y flechas que tiene que velar por la persona del rey. Desde ese cuerpo militar cobraría unos gajes y así no se moriría de hambre. Mas, curiosamente, su cometido específico ahora era el de escribir el viaje a Zaragoza y la boda de Catalina Micaela con el Duque de Saboya y, después, las cortes de Monzón de 1585. Es decir, se encargan tareas de cronista a un arquero: tal vez todo con tal de no dotar una plaza o dar un sueldo. Aún le quedaban trece años de vida. En 1585, no obstante, solicita plaza de cronista ya que el rey los tiene «ya viejos». Nunca le llegaría el reconocimiento. Y eso que sus obras son excelentes.

Otro ejemplo: Garibay. Después de haber impreso en la casa de Plantino de Amberes su *Compendio historial*, y haber acabado allá como el rosario de la aurora, pide una y otra vez, que se le haga cronista. Y lo único que logra es una plaza de aposentador real (!) con 30.000 mrs. de sueldo. Luego se le subirá el sueldo a 80.000, lo mismo que cobran los cronistas, y finalmente, su ambición se verá colmada al ser elevado al rango de cronista.

Valgan estos dos ejemplos como botón de muestra. Para aquellos que crean que una designación de un cargo llevaba un oficio aparejado, que piensen que se pueden equivocar. Porque lo que hacía el aposentador, era seguir escribiendo historia; y el arquero acaso fuera incapaz de cargar la ballesta.

En los años 70 López de Velasco había querido ordenar el caos existente en la cronística oficial, dándole algún sentido. Algo como ocurre hoy en tantas instituciones académicas en las que la pregunta ¿y esto para qué? está a la orden del día.

López de Velasco proponía cómo hacer una Historia "nacional-regia" y otra "nacional-biográfica", confundiendo al rey con «España», como no puede ser de otra manera en un patrimonialista como él.

Debemos señalar que Juan López de Velasco, primer cosmógrafo de las Indias es uno de los inspiradores de las Relaciones Topográficas. Él, Juan de Ovando, Páez de Castro y Ambrosio de Morales aparecen

indefectiblemente unidos a aquel proyecto para hacer una Historia de España «desde abajo». Sin embargo, más parecen fieles servidores de la idea patrimonial-excluyente (que excluye a los que no son el rey) Morales y Velasco que Páez de Castro.

Este memorial, junto a aquel que elevó Páez de Castro a Carlos V, se llenan de contenido si los ponemos en relación con la encuesta de los pueblos de España: hay que hacer una Historia de España, grande, digna, basándola sobre conocimientos orales y archivísticos.

Propone la constitución de «equipos de historiadores» —una Junta de historiadores—, ya que uno sólo no es bastante para escribir la historia de Felipe II, y eleva la disciplina a cuestión de Estado: debe ser supervisada por el propio monarca para que se obtengan correctamente los fines perseguidos.

Habría que manejar documentos de archivos, seleccionar para no dar a la luz temas secretos, resumir lo tratable.

Ese equipo sería, andando el tiempo algo similar a una Real Academia, y la finalidad política de la Junta, innegable: escrita *una* historia, se traduciría al latín por gentes escogidas, para que no hubiera traducciones indecorosas.

La Junta sería pagada y, con un criterio extraordinario, saldría más barata, por más que costare, que un cronista que no deja nada escrito. Cuántas veces habremos reflexionado hoy en día, al color de los Proyectos de Investigación, que por muy cara que sea una página escrita, siempre es más barata que la no escrita.

En el segundo memorial defiende que se haga esa historia de Felipe II, pero lo hace exhortando al propio monarca a que sea él quien dinamice el fenómeno. En primer lugar, porque es conveniente utilizar la historia como agente propagandístico contrario a las barbaridades que por ahí se escriben, muchas fundamentadas en el mal entendimiento del vulgo, otras en el mal quehacer de historiadores indignos.

Una de las causas que se declaran, bien que veladamente, para explicar por qué no hay una historia del reinado (¿ya se han olvidado de Juan Ginés de Sepúlveda?) es por los complejos del rey: no la quiere por «humildad» (¿acaso por miedo?); pero la Historia Sagrada se ha hecho y sólo cuenta verdades argüirá Velasco. Por otro lado, la historia puede ser infame con quien se lo merezca (¡ay, Velasco, ¿y si ha de caer la infamia sobre el rey?!).

La historia la han de escribir peronas elegidas, que bloquearán cualquier otra historia, bien porque dispongan de medios mejores, bien porque si alguien «no autorizado» fuera a escribir historia, se le podría invitar «secretamente» a que dejase su intento.

Una vez hecha esa historia, excelente, la mejor, los demás historiadores del tiempo venidero, tendrían que usarla como —casi— única fuente de información. El esfuerzo de hoy perduraría para siempre.

No querría cerrar estas páginas sin una última reflexión. Entonces como hoy, el historiador siente la necesidad de un reconocimiento social, se prepara para escribir con la ayuda de disciplinas que le son auxiliares; busca métodos y fuentes nuevas; encuentra en la crítica textual su fundamento; tiene problemas nacionalistas (hoy serían de clase también)... Todo es un debate. Todo es un pozo sin fondo. Y mientras los historiadores «oficiales» se desvelan en los problemas presupuestarios para llevar adelante su empeño, a muchos se les desvanecen las ideas en confusas nubes nacidas de un «como no podemos ser profundos, seamos oscuros».

Al final, vuelvo a pensar que la Historia es, y debe ser, arma ideológica dentro de unos códigos deontológicos (lo cual lo han olvidado los historiadores al servicio de los partidos políticos o de sus comunidades autónomas). Creo que esto en CiU, y en otras partes del «Estado español» (¡qué pena de eufemismo!) lo saben bien. Es, tal vez, muy decimonónico, pero si no dotamos al quehacer historiográfico de componentes ideológicos, podremos llegar a pensar que tan importante es la historia de los sombreados de ojos, como la expansión europea. Y hay algo, que no sé si es racional o instintivo, que me dice que hay historias e historias. Algunas más importantes que otras. Sin duda. Como no categoricemos, ocurrirá que lo bueno no será la historia, sino que será la capacidad de vender su propio *ego* cada historiador. Y entonces traspasaremos la gran puerta del mercado persa de la feria de las vanidades.

Acaso sea hora de empezar a imponernos la necesidad de un revulsivo en el quehacer historiográfico. Ahora no dependemos de ningún rey prudente e irresoluto, miedoso y castrante. Ahora todo es logro y fracaso de los historiadores, porque jamás hemos dispuesto de tantos medios económicos y materiales (y tan escasos personales) para construir una historia de migajas. Ahora es el momento de ver si los mecanismos de acceso a la historia «oficial», en la Universidad o en el CSIC son presentables y ejemplarizadores ¿Es justo lo que hacemos?; ¿le interesa a alguien?; ¿sabemos qué es la historia?